

PALABRAS DEL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
ENRIQUE BOLAÑOS GEYER
EN OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DEL TALLER SOBRE
“AMENAZA VOLCÁNICA Y PREVENCIÓN”
MANAGUA, MARTES 26 DE SEPTIEMBRE DEL 2000

Amigos todos:

¡En el nombre de Dios y de Nicaragua!

La geografía de Nicaragua, a la vez que es prodigiosa en belleza escénica, lo es también en riesgos por su naturaleza exuberante y agitada.

Nuestros volcanes activos, dicen los estudiosos de esta hermosa ciencia, “*son unas 30 formaciones, entre las que figuran conos en diversos estados de desarrollo, calderas de hundimiento, cráteres-lagunas, conos adventicios*”, los cuales están distribuidos en toda la franja del Pacífico y que nos estremecen y asustan con cierta regularidad.

Desde 1500 hasta 1999 la historia de nuestro país registra 132 actividades volcánicas que han causado daños o desastres a nuestro país.

Son casi 26.4 por siglo, lo cual es demasiado si agregamos los otros tipos de desastres naturales que también hemos experimentado los nicaragüenses.

Entre los desastres volcánicos más terribles de los últimos siglos, podemos enumerar algunos.

Por ejemplo, en 1570 el poblado del Mom-bacho fue sepultado por el volcán del mismo nombre. Luego le sucedieron en 1609 y 1610 actividades eruptivas y sísmicas del

volcán Momotombo que ocasionaron la evacuación de León; para Howell Williams, geólogo de la Universidad de California, la erupción del Cosigüina de 1835, él la considera “*como el segundo, entre los tres mayores eventos eruptivos a escala mundial.*”

Este evento destruyó la vida en unos 15 kilómetros a la redonda y lanzó cenizas y piedras pómez hasta México, Jamaica y Colombia. Y así también han sucedido erupciones del Cerro Negro y del Volcán Masaya, así como del Santiago que constantemente aún nos tiene en zozobra.

Y eso no lo podemos cambiar como uno se cambia de casa cuando tiene un mal vecino.

Es cierto, no podemos evitar las tragedias, pero si podemos mitigar sus consecuencias si estamos bien preparados.

Tan sólo estas tragedias causaron estragos cuantiosos entre bienes materiales y muchas pérdidas humanas.

Entonces, la gran pregunta es ¿cuánto se pudo haber evitado si hubiéramos estado preparados?

Hay un viejo refrán chino que dice “*la desgracia no entra más que por la puerta que encuentra abierta*”.

Y nosotros nos hemos reunido para cerrar puertas y ponernos a sopesar riesgos para conocer las alternativas de prevención. Sabemos que no podemos evitar el desastre —porque la ciencia de la vulcanología todavía no ha podido encontrar métodos que descifren los misterios de los volcanes.

Pero sí podemos minimizar las consecuencias que se derivan de las tragedias: muchas muertes o daños mayores pueden ser minimizados o tal vez evitados si tomamos las medidas necesarias.

Consecuentemente, el nicaragüense debe también educarse para enfrentar desastres y prepararse para resolver los problemas que de ellos se deriven. El desarrollo tecnológico permite que estemos alertas o sepamos cuáles son las alternativas de solución para minimizar riesgos y aumentar las posibilidades de prevención.

Pero sobre todo, el aspecto humano es el más importante: debemos organizarnos y estar abiertos a la escucha de las experiencias que otros han tenido en otras partes del mundo, al trabajo organizado, al liderazgo activo y participativo —que por cierto, en los nicaragüenses surge muy espontáneo en momentos de tragedia.

Y también debemos aprender que nosotros sí podemos ejercer mucho control sobre nuestro destino y que las cosas no suceden porque Dios así lo quiso. Dios también nos dio la ciencia y el juicio, y la razón para mejorar la vida. Y el hombre es un administrador de su inteligencia dada por Dios para provecho propio.

Don Jaime Incer Barquero nos dice que hay tres formas de riesgos que tienen que ver con “la posición de los centros volcánicos, los tipos de erupción que producen y la posible erosión y pendiente en las laderas de los volcanes”.

Sé que vamos a trabajar sobre estos asuntos sin olvidar el importante y necesario vínculo que debe haber entre ciencia y humanitarismo, entre organización, prevención, y cooperación. Este no es sólo un trabajo del gobierno que es un actor pasajero. Los gobiernos cambian, pero no los ciudadanos y las comunidades que componen el núcleo central de toda organización natural ya con ciertos valores y dimensiones extendidas.

Nosotros tenemos que aprender a resolver nuestros propios problemas sin extender la mano hacia fuera. Pero para ello, antes debemos aprender a tendernos las manos los de adentro. Yo deseo que nosotros seamos los primeros y los últimos en ayudarnos como hermanos nicaragüenses que somos.

Para concluir, deseo felicitar a las instituciones del gobierno, a las ongs, y a otras organizaciones de ayuda o prevención y atención internacionales y científicas que se están entrelazando para generar ideas que encuentren las medidas que todos vamos a aceptar para que nuestras soluciones tengan la sabiduría de los muchos, y nuestro compromiso y deseos de vencer el mayor número de obstáculos.

Toda tragedia será muy grande si dejamos una puerta abierta.

Nicaragua es una nación de peligros que también implica retos. Yo les pido que asumamos los retos con la inteligencia que nos caracteriza, con el sentido de máxima solidaridad que nos debe unir a todo los nicaragüenses, porque después de todo, ¿a quienes más si no es a nosotros única y exclusivamente a quienes nos importa Nicaragua?

Muchas gracias.